

Daimon. Revista Internacional de Filosofía, (en prensa): reseña aceptada para ser publicada en un próximo número de la revista.
ISSN: 1989-4651 (electrónico)

Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España](#) (texto legal). Se pueden copiar, usar, difundir, transmitir y exponer públicamente, siempre que: i) se cite la autoría y la fuente original de su publicación (revista, editorial y URL de la obra); ii) no se usen para fines comerciales; iii) si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Vázquez García, F. (2025), *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*. Madrid: Ediciones Dado, 336 pp.

En 2025 apareció una nueva edición (la primera es de 2005, en Tercera Prensa-Hirugarren Prentsa) del libro *Tras la autoestima*, del profesor Francisco Vázquez García, de la Universidad de Cádiz. En *Tras la autoestima*, su autor hace un diagnóstico del presente, una “ontología de la actualidad” que es a la vez de nosotros mismos. Para ello se centra en el análisis de lo que denomina “sujeto expresivo”, un tipo específico de individualismo característico de las sociedades del liberalismo avanzado. El término “subjetividad expresiva” nos muestra al yo, a la interioridad, como la fuente de sentido de nuestra vida (ante la falta de marcos de significación externos, ya sea en la tradición o en la comunidad). El yo expresivo es diferente del yo ascético del liberalismo clásico, y aunque se aproxima al yo de la cultura romántica y de las vanguardias artísticas, no plantea la resignificación de su relación con la Naturaleza o la cultura, sino que las sustituye por el cultivo de la propia identidad, la búsqueda de la autoestima.

La problematización filosófica de este “sujeto expresivo”, y de la actual

cultura terapéutica que lo alienta, muestra que los interrogantes filosóficos no se limitan a los que formulan los textos de la tradición, sino que también se descubren observando con atención las prácticas y los saberes que configuran nuestra experiencia (incluida la más cotidiana y aparentemente natural o autoevidente). La capacidad de extrañamiento respecto de estas prácticas y saberes nos permite advertir su carácter singular y contingente, sus contradicciones y ambivalencias, y con ello la posibilidad de su transformación, de poder pensar (y pensarnos) de otra manera.

Para realizar su estudio es imprescindible ordenar nuestra “caja de herramientas”, establecer un mapa conceptual. Para ello, Vázquez propone en *Tras la autoestima* el análisis y la articulación de diferentes enfoques que permitan dar cuenta de la emergencia de la subjetividad expresiva característica de las sociedades liberales avanzadas: las semiologías del narcisismo desarrolladas por Sennet, Lasch y Lipovetsky; las hermenéuticas del sí mismo ofrecidas por Paul Ricoeur y Charles Taylor; las

sociologías del yo elaboradas por Giddens, Beck y Bourdieu; y las genealogías de la gubernamentalidad de autores como Nikolas Rose y Mitchell Dean. Si las semiologías del narcisismo comenzaron a interrogarse por esta nueva especie de individualismo contemporáneo que predicaba la autoestima, y analizaron su rica sintomatología, las etiologías y alternativas que planteaban no parecían satisfactorias. Las corrientes hermenéuticas aportaron, en este sentido, la necesidad de pasar al plano ético y ontológico, enfatizando la dimensión comunicativa y de la responsabilidad, pero omitían la exploración de las dimensiones institucionales y de relaciones de poder que enmarcan a ese yo expresivo. De esto último se ocuparon las nuevas sociologías del yo y, especialmente, los estudios genealógicos de las formas de gubernamentalidad liberal y neoliberal. Éstas últimas muestran cómo el poder se asienta también en la subjetivación (la capacidad de constituirnos como sujetos), en la autonomía, en las “prácticas de libertad” de los gobernados. Vázquez propone articular “la impaciencia de la libertad” del enfoque genealógico (que plantea la creación de nuevos espacios de sociabilidad y de nuevas formas de identidad personal) con la atención sobre la responsabilidad y el tratamiento de la alteridad defendida desde las corrientes

hermenéuticas. Sugiere asimismo un examen más atento de la dimensión punitiva, coercitiva y discriminatoria de la gubernamentalidad neoliberal, en la que se gestan nuevas desigualdades, concentraciones de riqueza y el desmantelamiento de las solidaridades públicas.

El esfuerzo por analizar y confrontar estas perspectivas no es, como señala el propio Vázquez, un mero trabajo de erudición académica, sino que pretende construir un marco de inteligibilidad para las investigaciones que ha ido desarrollando en torno a la construcción de una historia de las formas de subjetividad. Esta historia, que ha desarrollado en numerosos libros y artículos, se ha centrado especialmente en la formación del sujeto moderno y contemporáneo en el ámbito hispánico, y principalmente en los ámbitos de la sexualidad (la prostituta, la ninfómana, el masturbador, el hermafrodita, el homosexual, el transexual, la lesbiana, el cura pedófilo), o de las políticas de población (el gitano, el morisco, el pobre, la infancia abandonada, la separación entre vivos y muertos). El estudio de la emergencia histórica de estos tipos de subjetividad permite observar las prácticas de gobierno que configuraron como problema a esos individuos (en el ámbito de lo patológico, lo “anormal”, lo excluido o en las fronteras de lo social);

prácticas que a la vez construyeron un modelado en negativo para la configuración del sujeto “normalizado”. El análisis histórico de estas prácticas de gobierno, y de las formas de subjetividad engendradas en su curso (no basadas en ninguna constante antropológica ni en ningún fundamento trascendental), revela su condición precaria y contingente. Para ello, es necesario rastrear en el pasado, detectar en las problemáticas del presente sus elementos innovadores, pero también sus inercias y sus herencias inadvertidas.

El pluralismo teórico y metodológico que defiende el profesor Vázquez en su investigación, este esfuerzo por confrontar perspectivas de distintas disciplinas, por utilizar distintos “paradigmas de inteligibilidad” en una investigación, no implica su acumulación ecléctica, sino su integración en un mapa conceptual operativo y coherente que permita analizar las condiciones históricas y sociales de posibilidad de nuestra constitución como sujetos (Vázquez, 2022). En *Tras la autoestima* se confrontan pues, en torno a la emergencia del yo expresivo, perspectivas procedentes de la sociología, la crítica cultural, la filosofía o la semiología. Este esfuerzo transdisciplinar aleja a la filosofía de la mirada escolástica que ignora sus propios sesgos, le alerta del peligro de convertirse en una modalidad de la creciente literatura de autoayuda, en “una

tecnología del yo de recambio”, le previene de ponerse al servicio acrítico de la promoción y cultivo de estas nuevas formas de subjetividad (como muestra el impulso actual de la filosofía como terapia existencial). En su lugar, nos propone la tarea filosófica de articular las conexiones y diferencias entre los campos del saber, del poder y de la subjetividad.

Como ya analizó Michel Foucault al estudiar el poder, el problema de la subjetividad, la manera en la que un ser humano modela su identidad, cuestiona el marco del pensamiento político tradicional centrado en el Estado. La historia de las distintas configuraciones históricas y sociales de la subjetividad muestra ese “juego recíproco de incitación” entre el poder y su resistencia. Es en ese análisis donde podemos observar cómo se han podido abrir espacios de emancipación a la vez que nuevas formas de dominación, cómo se crean unas tecnologías del yo cuya función no es tanto reprimir como producir tipos de subjetividad, nuevas formas de saber y distintos espacios de relación social. Las ambivalencias y contradicciones de este discurso y estas prácticas vienen en parte de que su gradual institucionalización ha sido trazada desde lógicas diferentes, distintos usos (dada su desigual distribución en el espacio social), como resultado de una acumulación de pequeñas transformaciones, no desde un proyecto

único. Así, por ejemplo, en la creciente cultura psicoterapéutica se estimula el desarrollo del campo emocional, pero reducido a un lenguaje banal que empobrece la vida afectiva: se ha estandarizado un cierto estilo emocional, institucionalizando la intimidad misma, su puesta en espectáculo. Se promueve una administración racional, una “gestión” de las emociones, pero a costa muchas veces de reducir su espontaneidad y complejidad. Se favorece la iniciativa de los individuos, desplegando técnicas de gobierno que se apoyen en la autonomía de los gobernados; pero esa autonomía debe desarrollarse muchas veces en un marco normativo que apenas permite elección, y que marca de antemano los objetivos. Además, no se cuestiona si esa posibilidad de autonomía es universalmente accesible, si está mediada por las disposiciones de clase o de género, o si esa libertad se acrecienta en unos seres humanos a costa de las posibilidades de otros. La libertad que se promueve parece omitir la responsabilidad que tenemos con los demás, también con los antepasados y las generaciones venideras (sin olvidar las relaciones de responsabilidad y de cuidado respecto de las demás especies y de los ecosistemas terrestres).

Por otro lado, en determinadas áreas y contextos sociales las formas de gubernamentalidad neoliberal no dudan en recurrir a modos autoritarios, en suspender

el ejercicio de los derechos y libertades individuales, en utilizar medidas punitivas, coactivas o excluyentes sobre ciertos sectores sociales (inmigrantes “sin papeles”, personas sin techo, toxicómanos, desempleados de larga duración...). La libertad que propone esta forma de gubernamentalidad se desconecta así de la exigencia de igualdad y de la necesidad de promover una comunidad solidaria y cosmopolita. No se trata por tanto, destaca Vázquez, del fin de las fórmulas disciplinarias de gobierno (aunque estén desplazadas por el paradigma de seguridad), sino de su diferente articulación. Además, junto a esta dimensión punitiva de ciertas prácticas de gobierno, existe la tendencia a “positivizar” el sufrimiento que genera su desarrollo (mediante la invitación a un “pensamiento positivo” que niega el conflicto y culpabiliza a las víctimas). La normalización de ese sufrimiento y su encierro subjetivo impiden reconocer o asumir el sufrimiento ajeno, y con ello la acción colectiva. En la actual deriva autoritaria, identidades hipostasiadas como la familia, la nación o la masculinidad en crisis se reactivan en ciertos sectores sociales ante la falta de anclajes, de marcos de referencia culturales o sociales estables (que conducen en ocasiones a identificaciones con ideales huecos y excluyentes: sangre, tierra y tradición).

Para este sujeto expresivo, como vemos, la búsqueda de sentido no se da ya en la Naturaleza, en la cultura o en un tipo de pertenencia social, sino en el cultivo de la propia interioridad. La "autenticidad" (el eslogan de "sé tú mismo") conduce a un constante monitoreo del "mundo interior" que amenaza con convertirnos, en el creciente mercado de consumo emocional, en hipocondríacos emocionales. En la exploración de esas emociones verdaderas o sinceras se construyen nuevas formas de saber en las humanidades y en las ciencias *psi*. La búsqueda de "tu mejor versión" configura así la identidad de individuos empáticos, proactivos, con capacidades relacionales, comunicativas y de autoexamen, cualidades con buena valoración en el mercado laboral y en la literatura de autoayuda. El imperio de las emociones, que parece sustituir al mundo social, no nos conecta tanto con capacidades críticas o emancipatorias como con un "capitalismo afectivo" que califica a esas emociones como positivas o negativas en función de cómo favorecen nuestro rendimiento. Las potencias, habilidades y valores que se promueven (polivalencia, disponibilidad, flexibilidad, movilidad...) legitiman los valores de determinados fragmentos de clase y no cuestionan las desigualdades de género.

En escuelas, lugares de trabajo y medios de comunicación, se fomenta una

voluntad emprendedora que se concentra en capitalizar el propio valor y capacidades, acrecentar y rentabilizar su propio capital humano (lo que dificulta el compromiso colectivo). La relación con el otro se fiscaliza en términos de inversión, coste y beneficio, se mide o se valora desde su potencialidad para favorecer el desarrollo del propio yo expresivo (así, por ejemplo, una reciente campaña para el voluntariado para la cooperación internacional se apoyaba en la idea de alcanzar a "ser más tú"). Mantener lealtades y fidelidades respecto a los demás, o responsabilizarse de las propias acciones, está supeditado a su valor para favorecer o no entorpecer el desarrollo del propio potencial expresivo. La incertidumbre y el riesgo se presentan como una fuente de "entusiasmo", un espacio de oportunidades donde desplegar la propia iniciativa y creatividad, algo que solo puede decirse desde una posición de privilegio, pues contrasta con los espacios sociales de precariedad en los que han desaparecido las redes comunitarias, privando de recursos a los más dependientes de su solidaridad. Se anima a "salir de la zona de confort", emprender, ir más allá de nuestros límites, perseguir nuestros sueños, depreciando como su reverso términos como seguridad, estabilidad o dependencia (lo que legitima y universaliza valores de los sectores

sociales aventajados y justifica el destino de los más desfavorecidos).

Esta nueva edición de *Tras la autoestima* incluye un *Post-scriptum* donde se señala el crecimiento de los estudios sobre la subjetividad expresiva, y la cultura terapéutica, analizados en la anterior. Entre esos nuevos estudios, Vázquez ha seleccionado como más relevantes los trabajos de la socióloga Eva Illouz, de los que destaca, junto con la diversidad de las problemáticas que trata, su solidez metodológica y su enfoque integrador, que guarda similitudes con la propuesta que el propio Vázquez desarrolla en su libro. En los veinte años que han transcurrido entre esta edición y la primera han surgido nuevos procesos: la crisis económico-financiera de 2008, la pandemia del COVID, el agravamiento de la crisis climática, los nuevos desarrollos tecnológicos y una creciente deriva política autoritaria. En todas estas crisis ha destacado la maleabilidad y porosidad de la gubernamentalidad neoliberal, su capacidad para “fagocitar” lo que la cuestiona. La rebeldía antisistema de la contracultura parece haber mutado en ambición empresarial y cuestionamiento de la burocracia estatal, el culto a la innovación y la novedad de las vanguardias son ahora los valores de ejecutivos, *coaches* y *managers* con “visión de futuro”. La búsqueda de la excelencia, el liderazgo, la

calidad o la competencia, más propios de un *ethos* aristocrático que de una sociedad democrática, entran a formar parte de un discurso de consenso que parece desarmar al pensamiento crítico: el oponente es el que define los términos que utilizamos, con lo que detenta la iniciativa política y construye un horizonte posible de conducta. Además, a este desarme crítico contribuye el imperativo de la innovación y la formación permanente, que convierte en precepciones nuestras experiencias o conocimiento previos, también la memoria colectiva. Técnicas como el *coaching*, el *training*, la programación neurolingüística, el análisis transaccional o el *mindfulness* se utilizan como “prácticas de gubernamentalidad” que muchos profesionales acogen con entusiasmo, sobre todo los más voluntariosos y comprometidos, pues ¿quién se atreve a criticar valores y técnicas que favorecen el bienestar y el desarrollo personal? No parece haber un afuera desde el que cuestionar estos discursos y estas prácticas, su plasticidad y adaptabilidad hacen difícil la resistencia ante un tipo de dominación que adopta muchas formas, que mimetiza su entorno y que logra interiorizarse en los gobernados, apoyándose en su iniciativa y autonomía.

De esta forma, la expansión del discurso psicoterapéutico ha ido colonizando cada vez más espacios. En el ámbito educativo, por ejemplo, abarca

desde el uso abusivo del diagnóstico en salud mental en el marco escolar, a los efectos de la expansión de las neurociencias en el conocimiento pedagógico, o el desarrollo de la psicología emocional en la construcción de "subjetividades emprendedoras". Aparecen así, junto a la subjetividad expresiva, nuevas formas de subjetividad en la gubernamentalidad liberal avanzada: el yo cerebral y el yo empresario de sí mismo (Vázquez, 2012). El sujeto debe gestionar y maximizar sus capacidades y recursos en esos tres planos: cultural, biológico o de mercado. Por un lado, el yo cerebral señala la posibilidad, según las neurociencias y la psicofarmacología actuales, de remodelar nuestro cerebro para reprogramar nuestros hábitos y formas de vida, para realzar ciertas capacidades afectivas y cognitivas (mediante técnicas como el *mindfulness*, el *fitness* cerebral o el neuro-mantenimiento). Por otro lado, el modelo del yo emprendedor trabaja por aumentar su "empleabilidad", invirtiendo en sí mismo, en su constante actualización y empoderamiento. La empresa, una forma de producción no precisamente sensible a cuestionamientos democráticos, se ha convertido en un modelo de racionalidad para estructurar la propia vida (a partir de valores como la competitividad, la flexibilidad, la capacidad de asumir riesgos). Esto permite definir una nueva

ética, la ética del emprendedor: individuos libres capaces de llegar a ser empresarios de sí mismos. Y ello en conexión con un "nuevo espíritu" capitalista que transforma a los asalariados en empresarios (mediante franquicias, subcontratas o falsos autónomos) y que se extiende mediante la creación artificial de mercados en ámbitos sociales donde no existía la lógica competitiva.

El mercado de la cultura psicoterapéutica, variado y competitivo, refleja distintas alternativas de definir el bienestar personal (arteterapia, meditación, terapia *gestalt*, psicoanálisis, *brainspotting*, entrenamiento asertivo...). El cultivo de la imagen personal encuentra actualmente un espacio para mostrarse en las plataformas tecnológicas, para las que genera valor la expresión de nuestros gustos e inclinaciones, y en las que se crea una ilusión de diálogo. Se configura así un sujeto fragmentado, incapaz de una identidad narrativa, cuya necesidad de "reinventarse" niega la huella del tiempo en la constitución de su identidad (a la vez que en la aceptación corporal de su mortalidad). Un yo fragmentado que debe enfrentar las demandas contradictorias o parcialmente incompatibles del capitalismo avanzado (las tensiones entre el ámbito doméstico y laboral, entre la invitación a un hedonismo consumista y la exigencia de un constante rendimiento).

El yo expresivo debe pues entenderse como una forma de subjetividad cuya singularidad emerge del encuentro improbable de ciertas prácticas y discursos contemporáneos y no como una constante antropológica o la evolución necesaria e inevitable de acontecimientos pasados. Al analizar sus condiciones sociohistóricas de posibilidad, que señalan su contingencia y sus límites, lo “desestabilizamos” y abrimos espacios para su transformación (Vázquez, 1995). Para ello, es necesario abrir espacios de sociabilidad (hacia el mestizaje y la hospitalidad) y nuevas formas de subjetividad (hacer vulnerables las identidades recibidas), en un esfuerzo colectivo por liberarnos de la tiranía del yo

y recuperar la pasión por la participación en lo público.

Referencias:

Vázquez García, F. (1995), “Figuras de la alteridad en Michel Foucault”, *ER*, 19, pp. 69-83.

Vázquez García, F. (2012), “La disputa de las Humanidades y la invención de la cultura en el liberalismo avanzado”, *Periférica: Revista para el análisis de la cultura y el territorio*, 13, pp. 37-55.

Vázquez García, F. (2022), “Excelencias del pluralismo metodológico. Sobre mi manera de usar a Foucault”, *Encrucijadas*, 22 (2).

José Benito Seoane Cegarra